

EL DESARROLLO CAPITALISTA Y LOS VALORES RELIGIOSOS, CULTURALES Y POLÍTICOS EN LA SOCIEDAD COLOMBIANA

José Fernelly Domínguez Cancelado¹

Institución Universitaria Antonio José Camacho. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Recibido/Received: 24/03/2018

Aceptado/Accepted: 31/08/2018

PERSISTENCIA DE UNA REPÚBLICA SEÑORIAL

Colombia ha padecido en dos ocasiones el fenómeno de la violencia generalizada. Su primera versión, desde 1946 hasta 1962, aproximadamente, fue protagonizada por el enfrentamiento entre liberales y conservadores, y recordada en la Memoria Colectiva como la Violencia. Y, la segunda, desde 1985 hasta el presente, por el enfrentamiento entre las guerrillas, las Fuerzas Armadas del Estado (FF.AA.), los Paramilitares y “Actores Oportunistas”.² La indagación preliminar realizada hasta el momento (Domínguez J.F., 2015), comienza a demostrar que entre ambos episodios existen continuidades (algunas de ellas como parte de la herencia colonial), cuya comprensión es fundamental a la hora de poner en marcha un programa de pedagogías para la paz en la etapa del postconflicto armado:

1. Continuidades geográficas: Buena parte de las regiones donde se ha materializado el conflicto armado contemporáneo fueron antiguas zonas de violencia liberal-conservadora.

2. Participación de actores para-institucionales que han actuado, en diferentes épocas, a nombre del partido o del grupo gobernante, cuya aparición es posible rastrear, por lo menos, desde comienzos del siglo XX. En los años 30, durante la hegemonía liberal, “los macheteros” del departamento del Tolima decapitaban a los conservadores, utilizando la expresión “hacer nuca”. En los años 50, los “Penca ancha” en Sucre, los “Aplanchadores” en el Quindío, los “Chulavitas” en el altiplano Cundiboyacense y en los Santanderes, y los “Pájaros” (Organizados por Nicolás Borrero Olano, gobernador conservador de la época) en el norte del Valle del Cauca y en el gran Caldas, financiados y apoyados por el partido conservador y por el gobierno nacional. En la segunda oleada aparecen de nuevo, inicialmente, bajo la forma del MAS (Muerte A Secuestradores), organizado y financiado por los narcotraficantes que, posteriormente, derivarían hacia las “Convivir” y que desembocarían finalmente en las “Autodefensas Unidas de Colombia” (AUC).

¹ **Autor para correspondencia/** Corresponding autor: **José Fernelly Domínguez Cancelado.** Profesor Hora Cátedra. Institución Universitaria Antonio José Camacho. Avenida 6N No. 28N – 102. Cali – Colombia.

Sugerencia de cita/ Suggested citation: Domínguez-Cancelado, J.F. (2018). El desarrollo capitalista y los valores religiosos, culturales y políticos en la sociedad colombiana. *Revista ACTITUD*, 15(1), 20-31.

² Esta noción ha sido acuñada recientemente por Pécaut, D. (2015), para designar a políticos regionales, (muchos de ellos comprometidos con el proceso de la Parapolítica), empresarios e incluso multinacionales, que se apoyaron en grupos de paramilitares o que también contrataban bandas de sicarios para ganar elecciones o para sacar del camino a posibles contrincantes en determinadas regiones y/o expropiar las tierras a campesinos pobres o controlar las reclamaciones de los trabajadores.

3. El ejercicio de la atrocidad³ como un componente que va más allá de la instrumentalidad de la violencia política. En ambos períodos de violencia generalizada, la atrocidad ha estado presente como máxima expresión del odio contra el enemigo construido. Se trataba no sólo de eliminar físicamente, al contrario, sino, antes de que muriera, infligirle todo el dolor posible. Durante el fenómeno actual, especialmente a finales de los años 80 y durante los 90, las bandas de narcotraficantes y paramilitares fueron sus principales artífices. La única diferencia con el período anterior han sido los medios utilizados: en los años 50 se practicaba con el cuchillo y el machete; en los 90, la motosierra. La construcción de esos hechos de violencia, como “acontecimientos memorables”, en los términos de la metodología propuesta por L. Valensi, han recibido nombres “reconocibles y memorizables” (1998, p. 59), tales como “corte franela”, “corte corbata” y “corte florero”, que describen la crueldad y no los actores, ni los hechos históricos, ni los procesos en medio de los cuales se produjo la muerte atroz. Y, el medio de transmisión de estos hechos, ha sido principalmente la “vía oral, la más inmediata, la de los relatos contados inmediatamente por los que participaron...”, y que años después sería “sustituida por los que han escuchado los primeros relatos, en los que, al transmitirlos, cada uno añade nuevos motivos y nuevos episodios dramáticos a su historia”. (Ídem, p. 61). El cuerpo como objeto antropológico “profundamente significado... aparece como el vehículo por excelencia de la crueldad... como la herramienta privilegiada para la producción del terror... es también un ‘objeto’ social y cultural, cargado de representaciones”. (Blair E., 2010). Los ataques contra el cuerpo, como imagen de las relaciones sociales, en ambos períodos de violencia se realizan en público, preferencialmente en los lugares antropológicos, esce-

narios físicos de la historia y de la vida colectiva: parques, plazas públicas, canchas de fútbol, case-tas comunales y otros. Se ha tratado de fracturar violentamente la conexión entre el pasado de las comunidades y el sentido de futuro que ellas podrían estar ilusionando. Las últimas expresiones de esta tendencia a la atrocidad aparecen recientemente representadas en las “casas de pique” en Buenaventura, denominación utilizada para designar los sitios clandestinos donde se descuartiza a las víctimas. Y, en otro ámbito diferente, también las “Pelás” o golpizas en público, método utilizado por el cura paramilitar Oscar Ortiz, ex párroco del corregimiento de San Antonio de Prado en Medellín, entre los años 2003 y el 2010.

4. La intolerancia como fundamento del discurso político. Lo “antiguo” o la convicción española de la superioridad blanca sobre los indígenas en razón de la supuesta posesión del dios único y verdadero que justificó la invasión violenta de América,⁴ la lógica de la exclusión, de todos aquellos diferentes a la raza blanca, originada en la conquista, reproducida a gran escala en la colonia, mantenida como substrato cultural⁵ durante los siglos posteriores a la independencia, tiene su máxima expresión en la violencia liberal conservadora. Para Daniel Pécaut (2001), la división social expresada a través de los partidos no se refería a “una oposición entre los valores que cada uno de los dos partidos representaba”, sino a “dos tipos de naturaleza”, entre las cuales sólo una era reconocida como humana: existía una naturaleza conservadora, asociada al reconocimiento del fundamento sobrenatural de la naturaleza humana, y una naturaleza liberal derivada de la denegación de este “fundamento sobrenatural”. Entre ambos

³ Aunque en muchos episodios la atrocidad también ha estado presente en las acciones de guerra tanto de agentes estatales como de las guerrillas, contra la población civil, por ejemplo, en la destrucción hecha por las FARC de pueblos enteros como Granada, (Antioquia), en el año 2000 y Bojayá (Chocó) en 2002, entre otras.

⁴ “...el tiempo mítico o lógicamente primero es el de la autoafirmación de la Institución”, dice Castoriadis, C. (1987), en sus **Reflexiones en torno al racismo**.

⁵ Sobre el concepto de Substrato cultural, ver a Ginzburg, C. (1976), **El Queso y los gusanos**, Editorial Muchnik, Barcelona, 1997, p. 98, Y, sobre todo, para el caso latinoamericano, ver, ARGUMEDO, A. (2009). Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular. Bs. Aires, Argentina: Ediciones del pensamiento popular.

tipos de naturaleza no existía mediación posible, de tal forma que la única salida era la violencia y el exterminio del otro. Pero, la construcción de estas dos “naturalezas” tuvo consecuencias también en relación con el sentido de pertenencia a la Nación, el cual:

... se construyó por la vía de lo político partidista, es decir, por la pertenencia a una de las dos colectividades políticas: se era liberal o conservador antes que colombiano, lo que, en consecuencia, hacía del ‘otro’ no el oponente político sino el ‘enemigo’ de la Nación... “No hay adhesión racional a principios abstractos y ‘modernos’ sino solidaridades tradicionales entre una persona influyente en la población y sus respectivos clientes. Entre esa personalidad local y uno de los prohombres del partido por parentesco o relación laboral (o al revés una enemistad con un prohombre del partido opuesto). (Blair, E. 1995. p. 4)

Lo cual corresponde a lo que Max Weber (1977) caracterizó como “dominación patrimonial”, en las sociedades tradicionales o premodernas, es decir, “toda dominación primariamente orientada por la tradición, pero ejercida en virtud de un derecho propio” (p. 185). Este substrato de intolerancia y exclusión del “otro” está presente también en el actual conflicto armado, cuando algunos sectores representativos de las élites tradicionales enarbolan la idea de la “Patria” y del patriotismo para recrear las nociones de amigo y de enemigo. Patriota es aquel que se muestra conforme con los dictados del establecimiento tradicional, que no reclama mayores márgenes de democracia, que no agita el discurso de los derechos humanos. Los demás, son subversivos, “narco-guerrilleros”, “castro-chavistas”, con los cuales no es posible negociar políticamente pues hay que combatirlos a sangre y fuego, buscando su derrota militar. Sobre la intolerancia con las diferencias representadas en “el otro”, a propósito del racismo, Castoriadis (Op. Cit), dice que “se trata de la aparente incapacidad de constituirse uno mismo sin excluir al otro y de la aparente incapacidad de excluir al otro, sin desvalorizarlo y, finalmente, sin odiarlo”. Existen “capas” o substratos socioculturales en el imaginario

de los colombianos, desde los más básicos y antiguos, relacionados con las condiciones de creación de diferentes grupos sociales en cada región, hasta los más nuevos relacionados con la forma como hemos construido la “nación colombiana”, que han cobrado importancia en los diversos momentos de crisis. En este sentido, la investigación sobre las violencias, a partir de su dimensión expresiva, posibilita buscar rutas que permitan identificar las “capas” sobre agregadas en el período de mediana duración, las formas comunicacionales que mediaron en su transmisión de generación en generación, las posibles diferencias regionales de dichos substratos, los nuevos imaginarios políticos construidos, las nuevas formas de representarse lo social.

5. El control sobre la tierra, como trasfondo real. El ejercicio sistemático de la violencia abierta puesto en marcha, en ambos períodos, ha tenido un doble propósito. De un lado, como ya se dijo, torpedear la configuración de una ciudadanía libre de las ataduras propias del gamonalismo (forma criolla del patrimonialismo en las zonas rurales), que logre impulsar soluciones de fondo a la *Cuestión Social*.⁶ Y, del otro, asegurar el control sobre la tierra. En este sentido los campesinos históricamente han sido acusados, o de ser liberales o de ser conservadores, en la primera oleada de violencia; o de ser guerrilleros o colaboradores de las guerrillas, en la segunda, para despojarlos de sus tierras por paramilitares, agentes del Estado o actores oportunistas.⁷

⁶ Entendida como la paradoja o contradicción entre la igualdad jurídica de los ciudadanos frente a la ley y la desigualdad en las condiciones materiales de existencia. Ver, DONZELOT, J. (1984/2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Bs Aires, Argentina: Editorial Nueva Visión.

⁷ Recientemente, la senadora Paloma Valencia, nieta del expresidente caucano, Guillermo León Valencia, intentó configurar de nuevo a los indígenas como enemigos, al proponer “un referendo o una consulta ciudadana para que el departamento del Cauca se divida en dos departamentos: indígenas y mestizos” (Ver twitter del 16 de marzo de 2015), lo cual equivale un depar-

El control tradicional sobre la tierra explica la conformación de sectores conservadores y de ultraderecha opuestos a cualquier salida política del conflicto armado con las guerrillas, dado que, por un lado, implicaría, la realización de una verdadera reforma agraria, históricamente escamoteada a lo largo de casi 200 años, con la consiguiente distribución de la tierra a pequeños propietarios quienes saldrían del radar de control de la mano de obra barata (LeGrand C., 1995). Y, por otro, la desaparición del terror que ha sido el principal instrumento del ejercicio del poder en el campo.⁸

6. La persistencia de la Memoria Literal. Al no existir el desarrollo predominante mayoritario de una ciudadanía consciente de sus derechos y, menos aún, un proceso educativo que contribuya a cambiar conductas positivamente, la “Memoria Literal” (instalada en el dolor y en la intención de la venganza) de la violencia de los años 50 no logró abrirse camino hacia la conformación de una “Memoria Ejemplar” (recuerdo sin dolor, ni deseos de venganza, capacidad para organizar colectivamente la Memoria como instrumento de lucha política) (Todorov T., 2000). Al no haberse desarrollado procesos de Verdad, ni de Justicia y menos de Reparación, el camino más expedito para muchos de los descendientes de las víctimas fue la retaliación, realizada, en no pocos casos, utilizando los mismos métodos rememorados en el ámbito familiar. La violencia prosaica pasó de ser el recuer-

tamento del Cauca para los terratenientes y otro para quienes fueron despojados por ellos.

⁸ A modo de ejemplo, de personajes representativos de estos sectores, ver la polémica afirmación de José Félix Lafourie, esposo de la Representante a la Cámara María Fernanda Cabal, quien salió a los medios a negar la existencia de un “Ejército anti-restitución”, cuya función es la de defender los seis millones de hectáreas despojadas en Colombia, en los últimos cincuenta años a pequeños campesinos en todo el país, denunciado por el investigador Ariel Ávila. (Ver, Revista Semana, 11 de mayo de 2016). Es bueno recordar que Lafourie ha sido presidente del Fondo Ganadero de Córdoba, de empresas palmicultoras de Urabá, actual presidente de la Federación de Ganaderos, (FEDEGAN) y antiguo miembro del Partido Conservador. Los dos actualmente son fervientes militantes del Partido Centro Democrático.

do de una época de barbarie, en la que lo político comienza a ser interpretado como violencia (Pécaut, 1985, Op. Cit), a convertirse en un sustrato cultural, transmitido de generación en generación, especialmente entre las comunidades campesinas mayormente afectadas por la Violencia.

7. Y, por último, la continuidad que nos puede explicar todas las anteriores: **la defensa de la República Señorial**. En general, la aparición de la Violencia Política en Colombia, desde el siglo XIX, está relacionada con la intención de las élites de mantener una “República Señorial”⁹ (existente en forma clara, desde la independencia hasta 1936), oligárquica y por lo tanto excluyente, en un contexto de modernización conservadora,¹⁰ que se prolonga hasta la Constitución de 1991, pasando por períodos abiertamente excluyentes como la imposición del Frente Nacional (1958-1974), como fórmula para terminar la Violencia liberal-conservadora de los años 50. Concomitante con el talante “señorial”, aplicable a todos los ámbitos de la vida de los colombianos, buena parte de las soluciones a la Cuestión Social pasa por el uso de la violencia estatal y para-estatal orientada a impedir la aplicación de soluciones de fondo a esta contradicción. Con el nacimiento de la clase obrera en Colombia desde el primer decenio del siglo XX, dice Pécaut que:

La ‘cuestión social’ pasa al primer plano. Pero un régimen como éste no tiene otra política en este campo que el empleo de la policía, del ejército y de la violencia en todas sus formas. La insuficiencia de estas respuestas no va a tardar en hacer más notoria la vulnerabilidad del sistema. (1985, Pp. 13 y Ss.)

⁹ La expresión es de GUERRERO, J. (2014).

¹⁰ Recuérdese que, hasta 1936 buena parte de la población masculina estaba por fuera del juego político. Se consideraban ciudadanos con derecho al voto, quienes sabían leer y escribir y tenían propiedad raíz de \$1.000 o renta anual de \$ 300. Las mujeres sólo pudieron votar en el plebiscito de 1957.

Todos los ejercicios de violencia para-estatal en manos de sectores de las élites, evidencian que nunca han estado interesados en el fortalecimiento del Estado, ni en la formación de una ciudadanía autónoma. A propósito de esto, Pécaut dice que “en los casos de violencia abierta, el individuo se encuentra despojado de su calidad de ciudadano o incluso de su condición de sujeto capaz de ejercer autonomía” (2006, p. 542). Pero, además, la formación de una ciudadanía autónoma, el fortalecimiento del Estado, la existencia de una justicia pronta y cumplida, significan la pérdida del poder señorial que aún se esfuerzan en conservar sectores de las élites agrupados en varios lugares del espectro político colombiano actual. La persistencia del poder señorial sólo ha podido reproducir un Estado Patrimonial, en desmedro de un Estado Democrático real.

EL ESTADO PATRIMONIALISTA¹¹

Una de las características del desarrollo colombiano ha sido la persistencia, abierta o velada, desde la Colonia, de rasgos propios de un Estado Patrimonial. Un sistema de poder concentrado en una o en pocas personas, que se apropian de los poderes políticos y que manejan los bienes y recursos de la sociedad como si fuesen de propiedad personal. Los bienes, los recursos y las instituciones públicas son considerados, abierta o veladamente, como propiedad del gobierno de turno, de los grupos políticos de la coalición o de los particulares. Muchos funcionarios creen que no tienen la obligación de rendir cuentas. Los bienes pueden ser usados, en primer lugar, en beneficio del gobernante, su familia, sus amigos y/o allegados, y no en favor de los ciudadanos en general. El Estado generalmente se ha erigido como la principal fuente de empleo y como el principal medio de ascenso social; fenómenos estrechamente unidos al clientelismo como

forma histórica, aun predominante, de hacer política en Colombia. Pero, además, “el patrimonialismo se caracteriza por una amplia esfera de arbitrariedad y la correspondiente falta de estabilidad” (Zabludovsky G., 1995, p. 78). La represión abierta o velada, masiva o selectiva, contra todo aquel que cuestione orden impuesto o piense diferente, estará siempre a la orden del día.

Se percibe el Estado como la “hacienda personal”. Muchos integrantes de las élites tradicionales creen tener derecho exclusivo a ella en razón a su procedencia, linaje, apellidos y tradiciones. Lo cual conduce a la defensa a ultranza de todo el sistema de honores y privilegios que dicho Estado ha podido garantizar a quienes históricamente no han estado habituados al trabajo práctico. Esto, además de otros factores, condujo en Colombia a mayores niveles de pobreza y marginalidad, a la predominancia de un sistema de democracia restringida, consolidado especialmente después de pactada la paz que terminó la guerra liberal-conservadora por medio del Frente Nacional y, en general, a la existencia de un Estado débil y precario.

Muchas de las fortunas que se han amasado en Colombia, han tenido que ver más con el “capitalismo aventurero” (Weber, 1995, p. 12), que con la organización racional del capitalismo moderno. Y en esta categoría entran, desde las tierras expropiadas a los campesinos en la Violencia liberal-conservadora de los años cincuenta, hasta los capitales habidos en la aventura del narcotráfico, desde los años setenta del siglo pasado. Sobre estas dos vías para conseguir enriquecerse dice Weber que:

... una de las propiedades de la economía privada capitalista es también el estar racionalizada sobre la base del más estricto cálculo, el hallarse ordenada, con plan y austeridad, al logro del éxito económico aspirado, en oposición al estilo de vida del campesino que vive al día, a la privilegiada parsimonia del viejo artesano y al ‘capitalismo aventurero’, que atiende más al éxito político y a la especulación irracional. (Weber, 1995, p. 79)

¹¹ Para un análisis en profundidad del Patrimonialismo como tipo ideal o teórico de dominación en las sociedades tradicionales o premodernas, ver, entre otros textos, WEBER, M. (1977), Pp. 185 y Ss.

Históricamente en Colombia, y por regla general, las clases dominantes no han sido proclives al trabajo práctico y, como dice Frank Safford, “la sociedad ha sido marcada profundamente por una tendencia a valorar altamente el honor heredado o conferido”, y desde la colonia, “los individuos que aspiraban a un Status social rehuían el trabajo manual y el sector alto tendía a tratar de obtener títulos de honor social mediante el ejercicio de carreras jurídicas, políticas o literarias” (Safford, S.F., p. 21-22).

Lo anterior aparece como una de las causas de la no aparición desde la independencia, tanto en Colombia como en América Latina en general, de una burguesía emprendedora, dedicada por entero a la búsqueda de utilidades y al incremento planificado del capital, tal como sí ocurrió en USA y en Europa, y también es una de las causas del desinterés de dichas clases por desarrollar carreras técnicas que formaran mano de obra calificada para el trabajo manual, a lo largo del siglo XIX y buena parte del siglo XX.

Pero si todo esto es cierto para la generalidad de las clases dominantes en Colombia, el mismo autor reconoce que existen excepciones gracias a las cuales se logró el incipiente desarrollo manufacturero, iniciado en la segunda década del siglo XIX. Desde esa época, los hijos de las familias adineradas colombianas enviados a estudiar y a capacitarse en Europa, además de las artes y las ciencias jurídicas, también se interesaron por el desarrollo científico y tecnológico que allí fluía a borbotones. Y como el mismo Safford lo menciona, fueron propiamente dirigentes de ideas conservadoras, quienes tomaron la iniciativa de introducir en Colombia las carreras técnicas:

La mayor parte de los hombres que promovieron la educación técnica en los años anteriores a la década de 1860 pertenecían al ala conservadora de la política neogranadina”. Y ello, además del interés económico que pudiera conllevar, tenían también una razón de orden político, “...los conservadores veían en la educación un instrumento

para la preservación del orden social... “La educación técnica servía tanto para el orden moral como para el crecimiento económico. La capacitación en el campo de las artes manuales ayudaba a instilar el hábito del trabajo. Si un individuo adquiría el hábito de trabajo y habilidades prácticas, su productividad económica aumentaría; atraído por las utilidades, se dedicaría a su labor y, de esta forma, se convertiría en un individuo moral, responsable y ordenado. (Safford, Op. Cit. p. 38-39)

Es decir, que si bien en Colombia no ha predominado aquello que Weber (1995) denomina como “... el más importante producto del protestantismo ascético: **la racionalización sistemática de la vida moral**” (p. 162); de alguna manera en nuestro país, el catolicismo logró llenar en minina parte esa gran falencia de ética puritana, gracias a la cual fue posible en Europa, el proceso de acumulación originaria de capital y el surgimiento posterior de la racionalidad capitalista. Por la vía de la inspiración católico-conservadora algunos colombianos de nacimiento llegaron, aunque en forma incipiente, a aquello que Weber (1995) define como “el desarrollo del espíritu capitalista”, y lograron -para el caso del Valle del Cauca- penetrar en espacios de la producción tales como la agroindustria azucarera, abiertos por extranjeros como Santiago Eder.

Aquí, la mayor parte de los “Capitanes de industria” (Rojas J., 1983, p. 47) -es decir los primeros que introdujeron la racionalidad capitalista, e hicieron posible el paso del “ingenio de transición” a la empresa azucarera agroindustrial- fueron conservadores; los ejemplos más destacados por José María Rojas son:

- **Modesto Cabal Galindo**, (y sus hijos), fundador de los Ingenios Providencia y Pichichí y de empresas privadas de servicios públicos como la Empresa Municipal de Energía Eléctrica de Popayán, la Compañía de Instalaciones eléctricas de Palmira, la Compañía de las Galerías de Palmira,

el Ferrocarril del Pacífico, los acueductos de Buga y Palmira y el tranvía de Cali.¹²

- **Hernando Caicedo** fundador del Ingenio Riopaila y de Colombina S.A.

- **Jesús Sarmiento**, fundador del Ingenio San Carlos de Tuluá.

Por ejemplo, a propósito del caso de Modesto Cabal hijo, J. Ma. Rojas (1983), lo describe como una persona, “De una disciplina casi espartana, de convicciones y prácticas católicas completamente tradicionales y de una ideología política netamente conservadora, nos parece que don Modesto fue una expresión típica de los empresarios azucareros vallecaucanos. (Rojas J., 1983, p. 107-108)

Sin embargo, a pesar de estas excepciones, en términos generales, el primer insuflado de espíritu y racionalidad capitalistas, materializado y soportado por una férrea vocación para el trabajo práctico en el Valle del Cauca, provino del exterior en la persona de muchos emigrantes aventureros tales como: los Blum, los Barney, los Lehmos Simmons, Ernesto Cerruti, Jorge Isaccs, Moisés Seinget, Frederick William O’Byrne y el mismo Santiago Eder ya mencionado (Rojas J., 1983, p. 86).

Pero el Valle del Cauca no es el único, ni el ejemplo más importante del desarrollo de esta ética católica en Colombia; quizá donde es posible observar con más claridad este fenómeno es en el desarrollo Antioqueño desde la colonia, esbozado por Fajardo, L.H. (1966).¹³ Según él: “La falta de funcionamiento de la encomienda, con sus consiguientes efectos en la estructura de clases de la sociedad antioqueña... fue el elemento básico para que Antioquia viviera en el siglo XVIII un conflicto social muy agudo” (Fajardo, L.H.,1966). Resultado

de este conflicto, se realizó allá, antes que en cualquier otra región de la Nueva Granada, una reforma agraria impulsada por el Oidor Juan Antonio Mon y Velarde en 1776, gracias a la cual se logró:

la fundación de nuevos pueblos, la creación de nuevos establecimientos agrícolas, las bonificaciones para cultivos nuevos, la imposición de cuotas de producción... las expropiaciones de tierras incultas, la adjudicación de tierras a familias pobres, la creación de juntas de pobladores encargados de vigilar la ejecución de las disposiciones sobre el incremento de la producción agraria. Las juntas existieron en Santa Fe de Antioquia hasta el tiempo de la Independencia. (Fajardo, L.H.,1966)

Pero, para el caso que nos ocupa, el aspecto más importante de las reformas de Mon y Velarde fue “el relativo a la educación y a la propagación de una ideología de aprecio al trabajo y condena a la vagancia y ociosidad. Funda escuelas de arte y establece sanciones a la vagancia” (Fajardo, L.H.,1966). Y Fajardo trae la siguiente cita de un informe de este funcionario español comentando los resultados de las colonizaciones emprendidas por las gentes sin tierra en Antioquia:

Sólo pudiera haberla facilitado la viva impresión que por todos términos les hice concebir, desde los más grandes hasta los más pequeños, que todos habíamos nacido para el trabajo y que debía mirarse como delincuente en la sociedad humana al que era inútil a la patria y no empleaba sus fuerzas y talentos para procurar por sí mismo su subsistencia; **pues lo demás era ser ingrato al Soberano Autor de la Naturaleza** y público ladrón de la República a quien defraudaba de sus servicios. (Fajardo, 1966, p. 42-44) (Cursiva y negrilla son nuestras).

La religión católica en Antioquia, juega entonces un papel parecido al jugado por el protestantismo en Europa: “...la racionalidad desarrollada por la vida social del antioqueño, lo llevaba a considerar la religión no como un dogma metafísico sino como una regla útil de conducta práctica”. Es una religión “hogareña, secularizada y cotidiana” (Fajardo, 1966), que equivale a lo que Weber analiza

¹² Igualmente es el abuelo de la actual representante a la Cámara por el Centro Democrático, María Fernanda Cabal.

¹³ FAJARDO, Luis H. (1966). *La moralidad protestante de los antioqueños*, Ponencia elaborada para el Seminario Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos del Departamento de Sociología de la Universidad de Yale. Este ensayo se orienta en el mismo sentido del presente ensayo, es decir visualizar el desarrollo antioqueño bajo la óptica Weberiana de “La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo”.

para Europa cuando observa que “...el cristiano reformado ‘se tomaba el pulso’ sin más ayuda que la suya propia” (Weber, 1995, p. 159). A diferencia de regiones como el Valle geográfico del Cauca, el altiplano cundiboyacense o la costa Atlántica, donde tuvieron gran desarrollo las costumbres aristocráticas y era muy importante recalcar los honores, los títulos o la cuna de procedencia:

... en otras zonas del país la práctica religiosa diaria giraba alrededor de la iglesia, sobre todo por parte de las mujeres de clase alta, “...las prácticas religiosas para las clases bajas se concentraban en los grandes días de fiesta, en la solemnidad de las celebraciones y en la pompa de los ritos. Era una religiosidad de plaza pública, una ocasión para refrendar prestigios por parte de unas pocas familias; “...El racionalismo práctico aprendido por el antioqueño en su vida diaria, se ve asociado al sentido ético más que metafísico de su religiosidad y su activismo económico tiene mucho que ver con el carácter pragmático de su religión. (Fajardo, 1996, p. 64-65)

Y, en las conclusiones de su ensayo, Fajardo (1996) hace algunas afirmaciones que nos parecen de importancia para tratar de entender el desarrollo antioqueño de los años 60 y 70, especialmente en relación con el narcotráfico:

El racionalismo de los antioqueños y su sentido práctico se desarrollaron como un hábito mental propio de personas que durante un largo período histórico fueron dueñas de libre capacidad de decisión para cambiar las condiciones de su propia vida. El incentivo de ganancia y la laboriosidad se generalizaron en un pueblo que se acostumbró a ver cómo la posición del individuo en la sociedad dependía esencialmente del esfuerzo calculado de cada uno y no de circunstancias inexorables e inmodificables tales como los títulos hereditarios de nobleza o el color de piel; “...La tendencia al ahorro y al orden se derivó también de sentirse cada uno responsable por su propio futuro. “...En la cementera, en la tienda y el taller, el antioqueño aprendió a dar un alto valor moral al trabajo y a considerar inmorales la ociosidad, el despilfarro,

la pompa, el sexo y el ceremonial. (Fajardo, 1996, p. 67)

Finalmente, Fajardo (1996) elabora algunas aproximaciones a la lingüística para ilustrar mejor el “espíritu antioqueño”, en comparación con el valluno. Al referirse a una persona que no ha alcanzado el éxito, los antioqueños usan la expresión “**es bueno, pero es pobre**”. Mientras que en el Valle se dice “**es pobre pero honrado**”.

Para el hombre criado en un medio donde predominó un aristocratismo agrario lo malo de los pobres es carecer de la honorabilidad y la dignidad que se heredan con los apellidos. Para el antioqueño lo malo está en no tener dinero. (Fajardo, 1996, p. 69).

Quizá esto último pueda darnos una pista para tratar de entender cómo es posible que, teniendo el pueblo antioqueño todas las virtudes para generar un emporio de riqueza por la vía del racionalismo capitalista, logró incursionar fue lo contrario: el narcotráfico como la forma más representativa del “capitalismo aventurero”. Pero antes tengamos en cuenta algunos detalles de la relación entre la religión y la dominación.

Colombia ha sido un país con marcado predominio de la ortodoxia católica, donde el papel de la Iglesia hasta los años ochenta era, generalmente de apoyo y sostén ideológico no solo al establecimiento, sino de modelo general de dominación, pues la ética de la vida ultraterrena, ha servido de marco referencial, a todo grupo o individuo que ha querido justificar todo lo bueno o lo malo que haya realizado “en esta vida”.

Cuando la Iglesia católica, “castiga al hereje, pero es indulgente con el pecador” (Weber, 1995, p. 29) expresa una de las características de todo poder, de toda dominación de clase, que tiende a castigar con mayor ejemplaridad al individuo que cuestiona la legitimidad o la vigencia histórica de su sistema o su gobierno y se coloca por fuera de la esfera de su dominio, aun cuando no realice actividades propiamente delinCUencias. Mientras que en la mayoría de los casos, el delincuente que infringe

la ley pero no cuestiona el poder dominante tiene mayores posibilidades de quedar impune.

Pero, si quien infringe la ley, además de no cuestionar la dominación, se acoge a las posibilidades mágicas del perdón otorgado por el cura¹⁴ y, como parte de su “propósito de enmienda” ayuda a la parroquia o al obispado con generosas donaciones “para la obra de Dios”, tendrá asegurado, no solo una vía expedita para el perdón permanente de sus pecados aquí en la tierra, sino también habrá ganado un cupo en el paraíso celestial. Lo cual equivale en su sentido y justificación a las indulgencias otorgadas por la Iglesia en el siglo XVI.

Este fue el caso del narcotráfico en Colombia. Los narcotraficantes en general, salvo quizá excepciones como la de Carlos Ledher, nunca han cuestionado el sistema de dominación, antes, por el contrario, han pretendido cooptarse dentro de él y ponerlo al servicio de sus intereses comerciales. Dice Camacho G. (1988) que:

...las mafias son segmentos particulares de la burguesía. Su carácter clandestino, ilegal e ilegítimo no puede ocultar su papel de propietarios de medios de producción y/o distribución de mercancías, de agentes de capital en un proceso productivo y/o de circulación en el que apropian plustrabajo ajeno... Las mafias responden a las determinaciones objetivas que el capitalismo les asigna, lo que equivale a decir que sus intereses históricos se asocian a la defensa de un orden y una institucionalidad particulares, y que se concretan a una ligazón objetiva con los intereses de la burguesía en su conjunto... la necesidad de lavar el origen de la fortuna conduce no solamente a exaltar los valores tradicionales asociados a la legitimidad -religiosidad, solidaridad grupal, ética-, sino con los grupos que activan esta legitimidad. (p. 26-27)

Entonces:

- Si el sistema de dominación no ofrece posibilidades de progreso individual a quienes no han nacido en cuna noble o no tienen posibilidad de acceder por la vía del clientelismo politiquero, a la hacienda pública para usufructuarla en beneficio personal.

- Si la oferta laboral de las clases poseedoras de los bienes de producción, es absolutamente restringida y ligada por entero a los intereses de las potencias imperialistas dominantes.

- Si no existe una ética del trabajo, la frugalidad y el ahorro como fuente de inspiración para alcanzar la felicidad terrena y por este medio lograr la salvación; sino todo lo contrario: no importa lo que hagamos en la tierra, si antes de morirnos, podemos alcanzar la salvación.

- Si sectores de la burguesía y la misma Iglesia católica, imágenes y modelos del “deber ser”, toleran, perdonan y de hecho se sirven de los frutos del “capitalismo aventurero”.

- Y finalmente si el problema del colombiano individual no es el **ser honrado** -cosa que poco importa frente al hambre, la falta de vivienda, de educación, de salud y de justicia pronta y cumplida- y ante la presencia de un estado débil y precario que, como corcho en remolino, responde es ante la presión del momento y funciona basado en la lógica de **lo urgente**, antes que pensar en la lógica de **lo importante**.

Para el caso de los antioqueños, si frente a todos estos antecedentes, el problema individual es el **“ser pobre”**, entonces se entiende porqué puede tener cabida el pragmatismo del narcotraficante o del sicario, para quienes los santos o la región sirven ahora es para “encomendarse a ellos y que “el trabajito salga bien”, y no para observar los supuestos mandamientos divinos. Porque, ante todo se trata es de dejar de ser pobre. Y en Colombia una persona puede aspirar a dejar de serlo rápi-

¹⁴ Ver VINCENT, G. (1991). *Los católicos: Lo imaginario y el pecado*. Revista Historia de la vida privada N° 10. Buenos Aires, Argentina: Editorial Taurus. Bs. Aires, 1991.

damente, no solo participando en las actividades del narcotráfico, sino también perteneciendo a las bandas criminales, o también a las guerrillas, colaborando con el paramilitarismo, o simplemente en la delincuencia común. Para el dinero fácil y rápido, el mercado es pletórico en ofertas.

Pero la misma lógica sirve también para resolver el problema del valluno, o de cualquier otra región del país, donde el problema sea no tener honorabilidad, ni estatus, pues si se consigue dinero rápido, mucho más rápido vendrán los honores y el prestigio social.

Si todo lo anterior es cierto, tenemos entonces el cuadro completo de la configuración de la cultura mafiosa como expresión contemporánea del “Capitalismo Aventurero”. Con el tiempo, ya a finales de la década de los años ochenta, esta misma lógica servía para resolverlo todo: “Si yo consigo dinero sin emplear mucho esfuerzo, también sin esfuerzo puedo tener cualquier cosa: desde una buena calificación en mis estudios o una mujer bella, hasta la fuerza de las armas, para conseguirlo ¡todo!”

La ética del trabajo esforzado como medio para conseguir el éxito en Colombia virtualmente desapareció con la generalización de la ética mafiosa del “todo vale”.

CONCLUSIONES

Si bien, desde el siglo XIX, existe formalmente una república, históricamente no ha significado una construcción democrática que responda a la modernidad clásica de los países europeos o de los Estados Unidos, dado que, aunque existe una división formal de los poderes públicos, siempre han estado bajo el control de las élites tradicionales, quienes los han administrado en favor de sus propios intereses y no del interés general. Por lo tanto, ha sido realmente una república de corte señorial, que responde al desarrollo de una modernización conservadora en Colombia, que trajo aparejadas la persistencia subterránea de una cultura señorial

que, a su vez, ha sido la base ideológica y política de un Estado Patrimonialista, defendido a ultranza, a sangre y fuego por estas élites en todas las coyunturas en las que el ejercicio del poder tradicional de estas élites ha estado en peligro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Argumedo, A. (2009). *Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Bs. Aires, Argentina: Ediciones del pensamiento popular.
- Ávila, A. (2016). La masacre que quiere esconder José Félix Lafaurie. *En Revista Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/opinion/articulo/ariel-avila-la-masacre-que-quiere-esconder-jose-felix-lafaurie/473098>
- Blair Trujillo, E. (1995). La imagen del enemigo: ¿un nuevo imaginario social? *Estudios Políticos*, 0(06), 47-71. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/estudiospoliticos/article/view/15666>
- Camacho G., Álvaro. (1988). *Droga y Sociedad en Colombia*. Cali: Cidse-Universidad del Valle.
- Castoriadis C. (1987). Reflexiones en torno al racismo en Estudios. *Filosofía-historia-letras*. Recuperado de: http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio09/sec_3.html
- Domínguez Cancelado, J.F. (1996). *Las Farc, de la guerrilla partisana a la guerrilla militar. Historia de la Guerrilla. 1982-1986*. Cali: Universidad del Valle. Trabajo de Grado.
- Donzelot, J., (2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Bs. Aires: Editorial Nueva Visión.
- Fajardo, L.H. (1966). *¿La moralidad protestante de los antioqueños?* Cali: Ediciones Departamento de Sociología Universidad del Valle.
- Ginzburg, C. (1999). *El Queso y los gusanos*. Barcelona, España: Muchnik Editores S.A. Recuperado de: http://www.fmmeducacion.com.ar/wp-content/uploads/2018/03/Ginzburg_Elquesoylosgusanos.pdf
- Girondella Mora, L. (2014). ¿Qué es patrimonialismo? Recuperado de: <http://contrapeso.info/2014/que-es-patrimonialismo/>
- Guerrero, J. (2014). *El proceso político de las derechas en Colombia y los imaginarios sobre las guerras internacionales. 1930-1945*. Tunja, Colombia: UPTC.
- Guerrero, J. (2014). *El proceso político de las derechas en Colombia y los imaginarios sobre las guerras internacionales. 1930-1945*. Tunja: UPTC.
- LeGrand, C. (1995). Los antecedentes agrarios de la violencia: El conflicto social en la frontera colombiana, 1850-1936, en *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*, en Sánchez G. y Peñaranda, R. (Compiladores). Bogotá: CEREC, IEPRI.
- Pécaut, D. (2001). *Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá, Colombia: Norma.
- Pécaut, D. (2006). *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá, Colombia: Editorial Norma.
- Comisión Histórica del Conflicto Armado y sus Víctimas. (2015). Informe de la Comisión Histórica del Conflicto y sus víctimas (febrero 11 de 2015). Recuperado de: <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2015/02/Version-final-informes-CHCV.pdf>
- Rojas G, J.M. (1983). *Empresarios y tecnología en la formación del sector azucarero en Colombia. 1860-1980*. Bogotá: Universidad del Valle, Biblioteca Banco Popular, Tomo V.
- Safford, F. (1989). *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona, España: Paidós.
- Valensi, L. (1998). Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos. *Cómo perdura*

el recuerdo de los grandes acontecimientos. *Ayer*, 32, p. 57-68.

Vincent, G. (1991). *Los católicos: lo imaginario y el pecado*. *Revista Historia de la Vida Privada*, N° 10, Bs. Aires: Editorial Taurus.

Weber, M. (1977). *Economía y Sociedad*. Tomo I. Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica.

Weber, M. (1995). *La Ética protestante y el espíritu del capitalismo*. 14a. edición. Barcelona: Ediciones Península.

Zabludovsky, G. (1985). Max Weber y la dominación patrimonial en América Latina. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. XXXII (124), p. 75-96.